



EL EXILIO INTELECTUAL ESPAÑOL EN PUERTO RICO

Juan Carlos Jimenez
negu

EL EXILIO INTELECTUAL ESPAÑOL EN PUERTO RICO

Organiza:



AC/E
ACCIÓN CULTURAL
ESPAÑOLA

Colabora:



ÍNDICE

INTELECTUALES ESPAÑOLES EN EL EXILIO: UNA VIDA ÉTICA.....16

ERNESTO ESTRELLA CÓZAR. Comisario de la exposición.

MITOS E HISTORIAS LATENTES EN TIEMPOS DE EXILIOS JUANRAMONIANOS.....20

JOSÉ NAHARRO-CALDERÓN. University of Maryland.

ZENOBIA CAMPRUBÍ Y JUAN RAMÓN JIMÉNEZ EN SU EXILIO AMERICANO 54

EMILIA CORTÉS IBÁÑEZ. Biógrafa de Zenobia Camprubí.

PAU CASALS EN PUERTO RICO (1955-1973) 72

JOSEP M. FIGUERES I ARTIGUES. Universitat Autònoma de Barcelona.

«SALVACIÓN POR LA LUZ». PEDRO SALINAS EN PUERTO RICO (1943-1946) 102

ENRIC BOU I MAQUEDA. Università Ca' Foscari Venezia.

AYALA EN LOS FELICES TRÓPICOS 116

MANUEL GÓMEZ ROS. Director, Fundación Francisco Ayala.

MARIA ZAMBRANO. LA SIBILA DE LAS ISLAS 130

ROGELIO BLANCO MARTÍNEZ. Fundación María Zambrano.

«PATRIA UNIVERSAL»: LA OBRA Y EL ARCHIVO TRANSNACIONAL

DE JUAN RAMÓN JIMÉNEZ 154

LAURIE GARRIGA. College of the Holy Cross.

FERNANDO DE LOS RÍOS. HUÉSPED DE LA UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO 176

EMILIO F. RUIZ SASTRE. Director, Archivo Jaime Benítez.

AURORA DE ALBORNOZ, UN PUENTE ENTRE PUERTO RICO Y ESPAÑA210

BEGOÑA CAMBLOR PANDIELLA. Universidad de Oviedo.

ENRIC BOU I MAQUEDA

Università Ca' Foscari Venezia

**«SALVACIÓN POR LA LUZ».
PEDRO SALINAS EN
PUERTO RICO (1943-1946)**

La experiencia de Pedro Salinas en el Nuevo Mundo se concentró en Estados Unidos, al margen de algunas breves escapadas a México, un viaje por Colombia, Perú y Venezuela, y una larga estancia de tres años en Puerto Rico. Significativamente son los viajes de retorno a la lengua, a vestigios o ecos de su cultura, los que propiciaron una etapa fulgurante de creación literaria o le suscitaron agudas reflexiones acerca de la condición de exiliado. A partir de la «curiosidad y simpatía», o su condición de «entusiasta de América», Salinas se nos presenta como un personaje intrépido, que se siente atraído con fuerza por la aventura de un país por el que sentía una «vivísima curiosidad y simpatía». Después de un entusiasmo inicial, se sintió alienado, cada vez más distante de una realidad inhóspita porque la consideraba superficial. Al principio fue como un juego: «Yo observo todo esto como un salvaje, me divierte a ratos, y a ratos, me aburre, y me encuentro un poco solo». Claro que estaba en un ambiente singular, una universidad de mujeres, Wellesley College, cerca de Boston. Por ello escribía con ironía: «El hombre aquí es una excepción rarísima, como el vestigio de una especie medio desaparecida».

Pedro Salinas fue durante toda su vida un gran curioso. Por ello estuvo siempre atento a las sorpresas múltiples que le ofrecía la vida. Aquel gran amigo que fuera Jorge Guillén, escribió en una ocasión unas palabras que son decisivas para ahondar en el tema que me ocupa aquí: el impacto que tuvo América —en el sentido plural de las Américas— en Pedro Salinas. El amigo escribió: «Salinas, que conocía muy bien las alturas supremas, era un incesante Colón de Indias anónimas, de esos aciertos que la vida no catalogada propone al desgaire en este o el otro minuto». La reflexión de Jorge Guillén parece especialmente apropiada porque apunta hacia ese centro del motor de la actividad saliniana, la atracción por la diversidad, frente a la uniformidad. El riesgo asociado a la curiosidad —casi— impertinente, frente a la seguridad —lo cómodo— de lo ya conocido. A poco de empezada la guerra civil, Salinas partió hacia Norteamérica. Su empresa no fue un acto de mero escapismo, sino el cumplimiento de un compromiso contraído anteriormente, en diciembre de 1935, para ocupar la cátedra Mary Whitin Calkins de Wellesley College, que cada año se ofrecía a un distinguido profesor visitante. Pero, a causa de la guerra civil española y su desenlace, se vio obligado a prolongar esa estancia por 15 años, hasta su muerte en Boston, el 4 de diciembre de 1951.

Pedro Salinas, curioso, observador impertinente e impenitente, curioso en Madrid, deseoso de las distancias, explorador de Europa, más tarde, du-

rante sus quince años de exilio, redescubridor de las Américas. Al principio encantado, enamorado. Con el tiempo hemos sabido que había mantenido una intensa relación amorosa con Katherine Whitmore, profesora en Smith College, y a pesar de que la relación estaba en crisis, era un motivo más para su traslado a Norteamérica. En un primer momento sucumbió a la seducción de la modernidad, para poco después manifestar un rechazo frontal, en dicitos de notable agudeza. Al cabo de pocos años, al descubrir el doble lenguaje de las grandes potencias, cambió radicalmente de opinión. Lo que resulta es un discurso reactivo, basado en unos valores humanistas que corresponden a una versión sólida de la modernidad. Salinas, el atento, fue hábil y agudo en denunciar las contradicciones y defectos de ese nuevo mundo que estaba surgiendo. En cuanto puso pie en tierra, empezaron las sorpresas y, pronto, las desilusiones. Por una parte, porque los planes salían de manera muy distinta a la prevista. Salinas, a causa de la guerra civil, llegó a Wellesley despojado literalmente de sus más elementales posesiones: apuntes de clase, libros, dinero. Y lo que fue más duro, como había de constatar bien pronto, sin una posición de reconocimiento público, esa sensación tan agradable, de ser alguien importante, que él experimentaba en Madrid.

De Estados Unidos le sorprendieron costumbres y actitudes. La vieja oposición entre lo anglosajón y lo hispano que Octavio Paz o Carlos Fuentes, entre otros, han caracterizado a la perfección. Salinas como tantos otros se sintió cautivado por la naturaleza en explosión, tan característica del continente americano. Poco a poco le invadió la decepción y el desengaño al descubrir lo distinto que era todo, en el fondo y en la superficie, de la realidad íntima de su mundo. Es el cambio que se produce en la situación del que todavía se considera visitante o turista y pasa a la más definitiva del residente: «Se siente el otro continente. Los intereses diarios de esta gente se ve que no tienen que ver sino muy poco con Europa. Ellos han desarrollado una civilización material muy superior a la nuestra en casi todo, aunque no en todo. (Por ejemplo en la comida)» (4/X/1936). Aunque es de justicia reconocer que la vida en Estados Unidos también tuvo sus efectos positivos como se encargó de reconocer en su última conferencia "Deuda de un poeta".

Pedro Salinas pertenece a un grupo de escritores sobre los que pesa el epíteto de "poeta-profesor". Pero, de hecho, hasta su llegada a América había ejercido en especial como poeta. Lo profesoral, en especial el currículo de sus publicaciones, había quedado relegado a un segundo plano, vivo, claro está. Ahora, en esta nueva etapa de su vida se vio empujado a desarrollar

esta otra faceta, a complementar con su interés, la de, como gustaba decir, «un señor que ha escrito algunos poemas». Pedro Salinas, como tantos de su generación, fue un poeta excelente, al que los avatares de la vida (por un empeño anti bohemio) le permitieron el acceso a cátedras universitarias. Pero el magisterio universitario, en especial la escritura de ensayo literario, no se desarrolló de pleno hasta el exilio, con obras como *Jorge Manrique o tradición y originalidad* (1947), *La poesía de Rubén Darío* (1948) y *El defensor* (1948). Durante ese periodo tuvo también ocasión de escribir poesía, por ejemplo *El Contemplado* (1946) y *Todo más claro* (1949), y otras que dejó inéditas como *Largo lamento*. Desarrolló, además un nuevo interés por el teatro y volvió a su antigua dedicación a la narrativa con la novela *La bomba increíble* (1950), alegato contra la bomba atómica. Este cambio sustancial en su proyección exterior como escritor se debe, en gran parte, al cambio en el ritmo de vida que le impuso el continente y la pérdida del contacto directo con un público lector.

EXILIO FELIZ: LUZ Y CALOR HUMANO

La adaptación a la nueva situación de exiliado se produjo a partir de las visitas a Hispanoamérica. Los contactos desarrollados allí, iniciados en directo y prolongados por carta, ayudaron a cambiar la perspectiva y destinatario de sus escritos. Esas visitas a países de habla española le proporcionaron solaz para escribir, y el estímulo que supone el contemplar nuevas realidades y literaturas. Su amigo Jorge Guillén nos echa de nuevo una mano para entender la diferencia de matiz entre la estancia en el mundo hispano y el anglosajón: «Emigrado y henchido de nostalgia, con fervor anduvo por la América de lengua española. La otra América —la del Norte— le sirvió de gran ópera, gran circo, gran estadio —donde observó, criticó, se deleitó, se indignó— con una amplitud de experiencia que enriqueció la obra literaria. (...) La atención del transeúnte se convertía en posesión de profundidad».

La primera impresión de la América hispana la tuvo en su visita a México, en 1939. Llegó a Guadalajara en tren, desde California. El viaje fue un desastre: en un tren sucio, con un retraso de ocho horas, y pérdida del equipaje: «En suma, el retorno a lo hispánico, a la raza», comentaba a Margarita (10/VIII/1939). Al día siguiente comenzó a cambiar de opinión:

Hay que vaciar estas sílabas —Guadalajara— de recuerdos viejos, de casas pardas, de ambiente sórdido, y luego llenarlas con casas claras, atmósfera alegre y sencilla, o impresiones nuevas. Es una operación proustiana, y me dan ganas de escribir algo sobre este proceso de convertir un nombre de una realidad en otra realidad. Porque lo cierto es que esta Guadalajara, está vibrando de reminiscencias andaluzas, y en gran parte sevillanas. Muchas casa con rejas, hasta el suelo, bastantes con zaguán y cancela y al fondo un patio, al modo sevillano. (...) Y empieza Méjico a operar sobre mí esa influencia espiritual deliciosa de recoriar lo visto y no visto, de volver a ver lo que nunca vi, y sin embargo me parece haber visto. (...) pero yo me paseo por México como por un jardín o museo, mitad del pasado, mitad del presente, donde cojo aquí una cosa y allí otra, que no encuentro en otras partes. Pasado en el presente, o presente en lo pasado, esa es mi impresión mejicana. El porvenir no existe aquí, para mí. Así como en América, todo te está hablando del mañana, todo está tendido como un caballo galopante, hacia el futuro, en Méjico no hay más que dos tiempos, curiosamente entremezclados en mi sensibilidad. Y eso es un gran reposo del alma. Nada urge, nada aprieta, se puede uno entregar a una especie de contemplación actual y retrospectiva, a la vez. (11/VIII/1939)

Este tipo de sensación, de reconocimiento y reencuentro con el pasado, con algo no conocido, pero que le parece conocer, es uno de los rasgos más característicos de la sorpresa que le produce a cualquier español en la América hispana. Salinas, como vemos, sabe describir la sensación en términos excelentes. Después de visitar México su conclusión era clara: «Estoy seguro que si hubiese venido aquí desde España estas cosas no me saltarían tanto a la vista pero después de los dos años de sajonismo me impresionan lo indecible» (12/VIII/1939). Y se empieza a dibujar un tema que desarrollará por extenso en su estancia en Puerto Rico: «La verdad es que para mí no hay política ni hay nacionalismo: hay sólo lengua. Y sí una poesía hermosa me llega al alma, en mi misma lengua, no se me ocurre traer a colación si el autor nació en Ciudad Real o en Bolivia. Esa es la gran unidad de la verdad. Ahí no hay engaño» (25/VII/1941). Como sabemos esta idea fue desarrollada por extenso en su «Defensa del lenguaje», pronunciado como discurso en esta Universidad de Puerto Rico, en mayo de 1944.

El periodo más feliz del exilio de Pedro Salinas fueron los tres años de residencia en Puerto Rico. Solita Salinas lo apuntó: «En el verano de 1943 se trasladó (con licencia, que fue excepcionalmente prorrogada hasta 1946, de la Johns

Hopkins University), a la Universidad de Puerto Rico, San Juan. Fueron esos tres años, sin duda, los más felices de la expatriación de Pedro Salinas». En carta a Juan Centeno, su amigo de Middlebury College (Vermont), escribía, todavía inseguro acerca de la invitación que le habían hecho de ir a Puerto Rico como profesor:

Me han invitado por un año de *Visiting Professor* al Departamento de Estudios Hispánicos. Estoy casi decidido a aceptar y pendiente sólo de unos datos que he pedido al Rector. Las condiciones no son óptimas: simplemente decorosas. No ganaría nada, pero me serviría de vacación, sol, aire, calor, mar, lengua española, y sobre todo escape temporal del agobio éste de la vida casera para Margarita. (6/IV/1943)

La decisión de ir fue la acertada porque enseguida la correspondencia cambió de tono. Las cartas de ese periodo rezuman felicidad, y confirman esta impresión. Continuamente subraya su doble encanto, con el clima humano que encontró, y lo agradable de la climatología atmosférica. Al mismo Juan Centeno confesaba:

Yo entregado a una vida regular, casi monótona, pero deliciosa. Se me pasan las horas sentado en una terraza mirando al mar, leyendo, escribiendo o ganduleando. Tengo ya original para dos libritos de poemas que pienso publicar, pero sin haberme decidido aún por ninguna casa editorial. También tengo a cargo de mi conciencia cuatro piecitas dramáticas que me he divertido mucho en escribir. Naturalmente sin salida. (4/XI/1944)

La terraza del Club Afda se convirtió en su oficina: «No dejo de hacer vida de aire libre ni un sólo día, lectura frente al mar, o trabajo, en la terraza del Club Afda, que es mi *oficina*» (A Juan Centeno, 27/II/1945). Escribía a Américo Castro: «Vida tranquila, sol, luz, libros y mis chapuzas». (6/II/46). Como ya había sucedido en Estados Unidos, la Naturaleza se convierte en una referencia constante: «No se ve el mar desde nuestra casa; se oye, por las noches porque está cerca, a unos doscientos metros. Así que yo voy como el borracho a la taberna de la esquina, dos o tres veces al día, a echarme mi vista al mar, o mi trago de ojos». Entre líneas se puede leer el impulso inicial del poema unitario *El contemplado*. De Puerto Rico le entusiasmó también el aspecto humano de la ciudad, como explicaba a Jorge Guillén en la misma carta:

San Juan es encantador. El casco de la población vieja recuerda una capital menor de Andalucía o Levante, lleno de animación, de ruido, y con caserío a lo Almería o lo Huelva. Me divierte mucho irme por las mañanas a callejear, a ver las tiendas y a sumirme en ese tráfico, un tanto desordenado, pintoresco y alborotado. Se entra en unos portallillos, donde se beben refrescos del país, que sólo con los nombres satisfacen al más sediento: ajonjolí, tamarindo, guanábana, guarapo de caña. Y el caso es que son deliciosas. La gente chic, claro, no los toma; consume Coca-Cola. Y la parte alta de San Juan, con vistas al mar espléndidas, recuerda la Alcazaba de Málaga. (15/IX/1943)

O en otra ocasión le comentaba a Guillén:

[el Instituto Politécnico, de San Germán] está enclavado en un sitio hermosísimo, el paisaje más bonito de la isla, para mi gusto: suave, ondulado, con unos rosas, unos grises, unos verdes tiernos, a lo Corot. ¡Cómo será que anteayer, aunque no lo creas, me levanté a ver amanecer, y el espectáculo me produjo verdadero entusiasmo! Claro, luego volví a acostarme. Pero me está gustando ese fenómeno natural, y hasta sospecho que de los dos crepúsculos, éste se va a convertir en mi favorito, aunque no sea más que teóricamente. ¡Qué estupendo es eso de entrar en años! ¡Se descubren novedades como la salida del sol! El acto de la graduación es al aire libre. El orador habla desde una vieja escalinata, resto de la edificación primera; el público, no muy numeroso, unas trescientas personas, se acomoda todo él bajo la sombra de un sólo árbol, tan copudo y frondoso que da cobijo para todos. Parecía un Commencement Day en la Arcadia. (8/V/1945)

Una de las causas de su felicidad e ímpetu de escritura fue el reencuentro con lo hispano, como indican las tarjetas del poeta: «Pedro Salinas, el extranjero en su patria». El reconocimiento, la posibilidad de tener un público fue sin duda una experiencia que le produjo gran satisfacción, que no experimentaba desde su salida de España, siete años antes. Su estancia en Puerto Rico, como es sabido, tuvo un gran impacto. Desarrolló un entorno de amigos fieles: Nilita Vientós (fundadora y directora de la revista *Asomante*, bautizada así por Pedro Salinas), Tomás Blanco, Luis Muñoz Marín, Jaime Benítez (rector de la Universidad), Gustavo Agrait, el doctor Ángel Rodríguez Olleros, Elsa y Esther Fano, entre muchos otros. Y realizó una intensa ac-

tividad pública y académica. Dio conferencias sobre Rubén Darío. Escribió *El Contemplado*. La riqueza y variedad de estas publicaciones nos permite afirmar que Salinas se sintió “barbarizado” en Norteamérica y civilizado en el resto del continente; pero sí es cierto que los nuevos aires impulsaron la ampliación de sus intereses literarios. Esta es la verdad del impacto del Nuevo Mundo en la obra y en la vida de Pedro Salinas.

ESCRITURA EN PUERTO RICO

Realizó una intensa actividad pública y académica, desarrollando nuevos temas de interés como la poesía de Rubén Darío. Pronunció el discurso en la colación de grados universitarios en 1944 de la Universidad de Puerto Rico sobre “Aprecio y defensa del lenguaje”; Conferencia en Pro Arte de Ponce, Puerto Rico, sobre “La lectura. Problema del hombre moderno”; dijo un discurso satírico en la Asociación de Amigos de la Democracia Española, “Elogio de la paciencia” (14/IV/1946). El libro *El defensor* fue creciendo a partir de las diversas experiencias de esos años.

Vivir en Puerto Rico le permitió visitar otras islas del Caribe. Llevó a cabo una gira de charlas en Santo Domingo (17/VI/1944) y La Habana (28/VI/1944). Sobre esa experiencia comentaba a Jorge Guillén:

[En Santo Domingo] (...) muy atendido, obsequiado, objeto de dos a tres artículos diarios en la prensa, alojado en un magnífico hotel por cuenta de la Universidad, y con Solita, par dessus le marché. La ciudad preciosa, ciudad menor, sencilla, alegre, limpia, en su estado actual, y con unas formidables ruinas del XVI, cuidadosamente conservadas. Un grupo de muchachos españoles, excelente. Trabajadores, sufridos, finos, animosos. Después de haber pasado mil penalidades en España y Francia están haciendo una obra soberbia en Ciudad Trujillo. Uno creó y dirige la Orquesta Sinfónica, otro la escuela de Bellas Artes; pintores que decoran los edificios nuevos, arquitectos que los trazan, profesores en la Universidad, periodistas, libreros, yo no sé. Me conmovió verles, ahí, en tan reducido espacio, trabajando con tanta energía y buen resultado. Vi a [Alberto] Baeza Flores, que vino con nutrida comisión de *La Poesía sorprendida* dos veces, a verme al hotel. Buenos chicos, merecen que se les ayude. La revista es tiernecita, pero te aseguro que es heroico su propósito, de mantener una revista *universal* dicen ellos, en ambiente tan modesto.

Son muchachos más o menos orientados, pero con una dedicación a la literatura, sin problemas sociales, ni otras adherencias, ejemplar. Me hablaron mucho de ti, me rogaron que intercediera cerca de Tu Grandeza para que les mandases algo. Hazlo; yo voy a mandarles algo también. De La Habana, ciudad, he sacado una gran impresión: me parece que debe de ser la ciudad más española que hay fuera de España. Se siente uno como el pez en el agua. Amplia, fácil, "democrática", a lo Barcelona o Valencia. (17/VII/1944)

La terraza del Club Afda fue su lugar de trabajo como describía a Eleanor Turnbull:

Ya sabe usted por Margarita que nos encontramos muy a gusto aquí. No es sólo el clima, el ambiente natural: cielo azul, claridad radiante, árboles siempre con hojas, una especie de alegría atmosférica constante; y sobre todo para mí el mar. Soy idólatra del mar. Todos los días me paso algunas horas en la terraza de un club que hay muy cerca de casa y que me sirve de miradero. Allí me llevo mis libros y trabajo en perfecta paz al aire libre y en una temperatura siempre templada. Tan regular es mi estancia en el club que llamo en broma a la terraza donde trabajo mi "oficina". He terminado un largo poema y estoy escribiendo otro, de tema marino, en varias partes. También he escrito dos piezas cortas de teatro. Estoy muy satisfecho porque trabajo a gusto y continuamente; aunque no estoy satisfecho del resultado de mi trabajo, es decir de mis pequeñas obras. (12/II/1944)

Los tres años que pasó en Puerto Rico supusieron una inyección de moral y tuvieron honda repercusión en su quehacer intelectual. Como reportaba en una carta al Doctor Olleros en 1948: «mi libro sobre Ruben Darío debe de estar ya en la calle, en Buenos Aires. Pero aún no he recibido ejemplar. ¡Año de publicaciones! Pero observe V. que las tres cosas publicadas, Manrique, Rubén y *Cero*, las escribí en Puerto Rico. Estoy viviendo de atrasos» (10/V/1948). O a Gustavo Agrait, le comentaba, de forma más jocosa cuando ya había regresado a la rutina de Baltimore: «Mi trabajo literario, la intensidad peligrosa que alcanzó durante mi estancia en la isla, ha sido producto de una enfermedad tropical, una "borinquititis plumífera". Apenas regresaba a la atmósfera sana y aséptica de estos grandes Estados, he recobrado el equilibrio mental, y voy volviendo al "suburban way of living", es decir al

atontamiento entretenido» (16/XI/1946). A Américo Castro se lo explicaba así: «En Puerto Rico, contraje una especie de morbo, sin duda tropical, que se manifestó por una actividad desusada, y, de seguro, perniciosa. Los resultados fueron de lo más dispar (es decir al borde del disparate, —sí al borde—): obras de teatro, libros de crítica, poesías. Y así me veo como me veo: cargado de originales, sin saber qué hacer con ellos» (19/X/1946).

Sólo por dos obras tan dispares como el discurso “Defensa de la lengua”, más tarde recogido en el volumen *El defensor* (1948) o el poema —casi épico— *El contemplado*, debiera considerarse el impacto de América en general, y de Puerto Rico en particular, como providencial para la historia de las letras españolas.

EL CONTEMPLADO: MAR Y EXILIO

Publicó *El Contemplado* (México, Editorial Stylo, 1946) y grabó una lectura de este libro en la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, Washington (24/XII/1946). El encargado de la preparación del original fue Julián Calvo:

También tengo que darle las gracias porque sé que sobre V. ha caído una parte del trabajo de corregir las pruebas de mi tomito de versos. Labor ingrata y difícil, yo nunca supe hacerla bien. Debo decirle, para que sepa que ha tenido V. precursores ilustres, que mis correctores de pruebas voluntarios y benévolos eran Dámaso Alonso, de mis libros de Madrid, y Amado Alonso del de Buenos Aires. Menos mal que este librito es brevísimo y no creo le haya dado mucho que hacer. De todos modos reciba mis gracias más sinceras. (23/V/1946)

El poeta vivió en los últimos años de su vida en la crisis, y no teniendo ninguna solución clara, sus últimos libros vacilan y alternan entre varios registros: el feliz de la plenitud, y el pesimista y desengañado de la etapa americana. En *El contemplado*, un largo poema unitario dedicado al mar de Puerto Rico, reconocemos el primero, y por eso el libro ha podido ser considerado el mejor del periodo. Pero incluso en ese poema unitario sorprende la inflexión provocada en el conjunto por dos de los últimos poemas: “Variación XI. El poeta” y “Variación XII. *Civitas Dei*”. Ambos inauguran los componentes temáticos centrales de *Todo más claro* (1949): la oposición entre una ciudad

mental, reconocible en la Naturaleza, y una física y real, la provocada por la modernidad: no se parece al París de Baudelaire sino al Nueva York de García Lorca; y la reflexión sobre la creación poética, focos temáticos en torno a los que se concentra el segundo registro, el pesimista.

El contemplado (1946) es fruto de su estancia en Puerto Rico, la más feliz y productiva de su exilio. Se abre con dos citas de Jorge Guillén alusivas a la luz («La luz, que nunca sufre, / me guía bien»), y muchos versos que la destacan asociándola con lo espiritual: «la luz traduce incógnitas lejanas / a gozos inmediatos». Juan Marichal notó el influjo de San Juan de la Cruz y por ello se refiere a la trayectoria de Salinas como «el paso de Garcilaso a San Juan», queriendo indicar que en esta poesía se abandona la concentración en la amada y es substituida por una mirada hacia el mundo exterior, como así sucede también en *Todo más claro* (1949). Jean Cross Newman vio en *El contemplado* una continuación de la poesía amorosa y la necesidad del yo poético de buscar su redención maravillándose ante el ser querido. En *El contemplado* se notan huellas de Góngora, tanto por la elección de ciertas imágenes como por muchos juegos sintácticos («En luz, en aire tibio, en aves, sueñan / las, del mundo de abajo, maravillas»), adaptado siempre a su estilo caracterizado por la sencillez y sinceridad propias de su estilo, como ha indicado Montserrat Escartín. Es destacable el regreso a la métrica regular. Según esta crítica, en el libro, los poemas combinan la descripción de la naturaleza marina en sí, la realidad metafórica inventada por el observador, el mundo interno del hombre que contempla y su referente metafísico pues, como explica Salinas, el mar representa «mi verdadero centro de gravedad espiritual».

El libro se plantea como un tema con variaciones. El tema define la relación y el nombre:

¡Si tú has sido para mí,
desde el día
que mis ojos te estrenaron,
el contemplado, el constante
Contemplado!

El poema va creciendo en una profunda intimidad entre poeta y mar. La variación última, “Salvación por la luz” puede ser leída en un plano elemental, como reencuentro con el mar y la luz, quizás recuerdo del Mediterráneo

perdido. Pero además contiene un mensaje más amplio, de reencuentro con una historia personal y colectiva, la del exilio. El mar como una colectividad, que desde el dolor del exilio adquiere el significado de una tierra a la que pertenecer. Ante él experimentaba la comunión con lo permanente y eterno, identificando la inmensidad oceánica con la salvación. Mediante una suerte de ascetismo panteísta y distante de un mundo en sombras, el poeta se salva por la luz que reverbera en su superficie:

¡En este hoy mío, cuánto ayer se vive!
Ya somos todos unos en mi ojos
Poblados de antiquísimos regresos.
¡Qué paz, así! Saber que son los hombres,
Un mirar que te mira,
Con ojos siempre abiertos,
Velándote: si un alma se les marcha
Nuevas almas acuden a sus cercos

El Contemplado y *Todo más claro* tienen la justa fama de representar una reacción contra la civilización industrial, la naturaleza resulta el correlato objetivo más productivo. En contraste abierto con su situación de ansiedad le ayuda a resolver papeletas importantes: es el contemplado (el mar), sustantivo que destaca la observación en que se refugia. El cielo le proporciona en diversas ocasiones la solución al jeroglífico terrestre que el poeta trata de resolver sin excesiva esperanza ni convencimiento. Salinas utilizó el motivo de la visión del cielo en un momento determinado como correlato para expresar un estado anímico en muchos poemas. Parece coincidir este fenómeno con una muy característica tendencia a la elevación, en que lo contemplado en el cielo se relaciona con lo vivido, o evocado, en la tierra, como sucede en “Paz, sí, de pronto, paz”, “La falsa compañera”, o “También las voces se citan” de *Largo lamento*.

AÑORANZA DE PUERTO RICO

Cuando regresó con su familia a Baltimore expresó la profunda añoranza del ambiente caribeño. De nuevo en el continente escribía a Esther Fano:

En cuanto a mí, mi virtud, por el único lado que flaqueaba, la bebía (como dicen en Sevilla) se ha reforzado inconmensurablemente: no tomo un cocktail hace siglos, se me ha olvidado a que sabe el Daiquiri, y frecuento en cambio el jugo de tomate, bebida nutritiva y protestante, si las hay. Pero no estaría mal una mijita de vicio de esas bebidas, y esas gulas, de Hato Rey. (3/VI/1947)

De él recordaría Nilita Vientós: «Le interesaban tantas cosas al mismo tiempo y de tan intenso modo que a pesar de su gran figura a lo Chesterton daba a menudo la impresión de un niño curioso suelto en una feria o un parque de recreo». Fue en la larga y provechosa estancia en Puerto Rico cuando el escritor pudo gozar de una plenitud creativa y curar un poco su nostalgia. Guillén nos ayuda a entender la singularidad de su caso:

¿Y Puerto Rico, donde Salinas fue tan feliz, según me repetía en sus cartas con tan vehemente insistencia? Todo le gustaba en este Edén: gentes, paisajes, celajes... Y el mar: el más contemplado. Contemplados, el mar de Puerto Rico, el Continente, las tierras y los cielos familiares o festivos.

Pedro Salinas fue un "atento" exquisito en todas las facetas de su vida. Así, también, en sus viajes, y, ¡cómo no!, en su visita de descubrimiento de América. Precisamente su gesto de atención y análisis fue lo que le empujó a la decepción. Todos los que nos hemos sentido atraídos por América como idea, como sueño, o como palabra, nos ha producido siempre algún tipo de decepción el tratar de adecuar el sueño a la realidad, al enfrentarnos con unas realidades tan distantes de la articulación que preveía nuestro sueño. Como tantos exploradores desde Colón hasta nosotros, quiso racionalizar lo que conoció. A Salinas se le contagió la enfermedad de Flaubert: poco a poco aprendió a despreciar las costumbres y hábitos de su entorno: la estupidez de la vida convencional en Norteamérica. Azuzado el mal, bien es posible de afirmar, a la luz de lo que aquí hemos leído, por lo que vio y recordó de su tierra natal en el espejo de la América hispana, y de forma muy especial

en Puerto Rico. Al morir dejó incompleta una extensa colección de carpetas con materiales acumulados para preparar una antología del disparate y del lugar común, en la línea del *sottisier* flaubertiano, que debían copiar Bouvard y Pécuchet. De la decepción surgió una necesidad de acercamiento a sí mismo, a las esencias íntimas de su ser. Y así se produjo el encuentro.

Con resignación contaba a Américo Castro cómo aceptaba el regreso al frío de Baltimore: «Nosotros nos andamos ahora en eso del “retorno”. Quiere decirse el acomodo a las cosas y los hábitos de hace tres años. ¡Qué luz, esta de aquí, después de tres años de festival diario de luz, en el trópico! Pero después de todo ‘it is nice to be back’ como tiene uno que decir» (11/IX/1946).

Obligado en gran parte por las circunstancias, la suya fue una tarea lenta de descubrimiento (y rechazo), sorpresa, reacción, en la América anglosajona; y de encuentro, enamoramiento apasionado, en la América hispana. Su lección todavía nos puede ser útil: salvado por la luz.

ISBN 978-847471179-0



9 788474 711790



Puerto Rico

Organiza:



AC/E
ACCIÓN CULTURAL
ESPAÑOLA

Colabora:

